

# Ignacio Agramonte y el espíritu de América

por Ernesto Fernández Arrondo

## GUION DE ENLACE:

1841.—23 de Diciembre.—En la casa número cinco de la plaza de la Merced, ciudad de Puerto Príncipe, nace Ignacio Agramonte y Loynaz.

1841.—Diciembre.—América entra en la guerra por defender las conquistas de la civilización cristiana concretadas en sus más altas esencias: la libertad, el derecho y el decoro del hombre.

¿Qué relación puede existir, qué oculta vinculación establecen a través de una larga centuria el nacimiento de Agramonte y la jornada vindicatoria que inicia el Hemisferio occidental? ¿Qué significación tiene la presencia de aquél en la cruzada de los pueblos libres de América por redimir de la más abyecta de todas las servidumbres a las naciones sojuzgadas por la agresión brutal de los Gobiernos del Eje; qué sitio ocupa el epónimo héroe camagüeyano, cuyo centenario conmemoramos, en esta hora definitiva en los anales de la Humanidad en que se pretende arrancar del hombre ¡su alma! cuando no lo intentaron siquiera los más grandes asesinos de la Historia?

¿Cuál fué el pensamiento del libertador cubano, cuál es el espíritu de América?

### EL IDEAL DEMOCRÁTICO

Esfumadas las esperanzas que el patriado cubano, sus clases cultas y acomodadas, los elementos más distinguidos de pueblos y ciudades, habían puesto en las «reformas» que se auguraba habrían de salir de la Junta de Información, se reanudaron en distintos lugares de la Isla, especialmente en Oriente y Camagüey, los trabajos conspiratorios, carentes siempre de unidad y de relación coordinada entre sí, pero en acecho del instante propició para dar comienzo a la acción guerrera. No era una empresa de mayoría, de pueblo integral, porque el atraso que en todos los órdenes siempre mantuvo la metrópoli a la explotada colonia no lo había consentido, si bien en amplios sectores de la conciencia pública cuajaban ya con anhelos incontenibles el ideal de independencia, aunque en forma difusa, sin que el pensamiento de rebeldía llevara implícito los postulados definidos de orden político a que estaría sujeta la revolución que se fomentaba.

### CESEPDES Y AGRAMONTE

Cuando comienza la guerra, de los Diez

Años, Carlos Manuel de Céspedes, que se pronuncia con un grupo de conjurados en su ingenio «La Demajagua», tiene veintidós años más que Agramonte y éste catorce menos que el Marqués de Santa Lucía. De los tres, el único que logra ver a Cuba libre, afirmado su gobierno en un régimen democrático-republicano es el último.

Atendiendo a la diferencia de edad entre Céspedes y Agramonte y a las circunstancias en que giraron la vida de ambos, no es difícil justificar los opuestos puntos de vista que mantuvieron y las perspectivas que les separaron, sólo coincidentes en la integridad de carácter, en la grandeza moral, en el immaculado patriotismo de que ambos dieron pruebas.

Céspedes venía de los grandes libertadores de pueblos, de Washington, de Bolívar, de San Martín; Agramonte, de los inmortales románticos de la libertad; de los soñadores, de los idealistas de la Revolución Francesa, de Jefferson y Lamartine. Para Céspedes, romper las cadenas que ataban a la Patria a la tiniebla del coloniaje era lo primero; para Agramonte, la organización política, el engranaje civil de la República en armas, era primario, vital, como cuestión de principios inalienables.

### EN GUAIMARO

En 1869 la revolución ya ha invadido la provincia de las Villas, y desde Yara el año anterior, Ignacio Agramonte no se ha dado tregua en conquistar voluntades, inclusive la de Céspedes, que al fin logra, para reunir en Asamblea Constituyente a los delegados de los Departamentos. El 11 de Abril de aquel año se firma la carta magna sobre la que ha de descansar la república con sus tres delimitados poderes y en la que quedan estatuidos los derechos y deberes de una ciudadanía libre. Clausura Céspedes la sesión con palabras, como él, altas y dignas. Luego hablan Agramonte y Zambrana y el «Manuel de los Manueles»—según el bautismo de Don Pepe, el patriarca de «El Salvador»—Manuel Sanguily. Y cuando al término de la jornada constituyente la Asamblea Nacional se convierte en Cámara de Representantes y cuando ésta, puesta de pie y por aclamación designa al caudillo de «La Demajagua» presidente de la república y vice a Francisco Vicente Aguilera y jefe del Ejército a Manuel de Quesada



d

2

IV 101114 OKCVN15VDOBY BBOV12101V1T

y juran sus cargos los electos «en presencia de Dios y del pueblo y con la mano puesta sobre la bandera»—como expresa el acta— todos los asambleístas lloran; sí, lloran de emoción incontenible aquellos hombres que asombraban al mundo por su bravura insuperable.

**A SALVO LOS PRINCIPIOS**

Para Agramonte, para Sanguily, para Zambrana, para Moralitos —que forjaron su alma en el troquel de «El Salvador»— y para los que como ellos pensaban, la Constitución de Guáimaro significaba el triunfo pleno del ideal democrático de libertad, de derecho y de justicia, de igualdad, aun en medio de las exigencias de la guerra. Para Agramonte, principalmente, era la garantía que a sí mismo se daba en la vigencia de sus más íntimas convicciones. Ni dictadura personal, ni de ninguno de los poderes; coordinación armónica de la delegación popular al mejor empeño de los fines de la nación. Ese fué el sentido altísimo de la reunión de Guáimaro, en medio del fragor del combate; no se trataba sólo de libertar a Cuba de su yugo secular sino de situar la revolución redentora desde sus comienzos sobre los incommovibles principios democráticos. No era la hora de discutir si éstos tendrían que acomodarse a las terribles exigencias de la guerra, o si serían nulos en las circunstancias que atravesaban. Acaso, pero sólo en parte, tenía razón Céspedes, hijo su criterio de liberal convencido, de hombre probado y de patriota intachable, de la experiencia o del conocimiento que tenía de los hombres, reclamando en nombre de las realidades de la revolución y para no hacerla peligrar, una autoridad que poco se avenía con el espíritu del régimen soñado. No: para los románticos de «El Salvador» que Agramonte encabezaba, era un conflicto de conciencia el que a priori se planteaba con el súbito levantamiento de «La Demajagua»: la dictadura militar, aun con el propósito de independizar a Cuba, no tenía justificación ante los principios que sustentaban los hombres que peleaban por ser libres.

**LAS FACETAS DE UN CARACTER**

Si algún exigente enjuiciador, filtrando la personalidad de Ignacio Agramonte a través de la más pura filosofía moral se propusiera hacer un dictamen, dirá al punto que fué un hombre de excepción en que el valor y la virtud refundían las restantes facetas de su carácter.

Su adolescencia, su vida de estudiante, luego la de abogado y juez, de conspirador y de guerrero no tienen una sola mancha: resplandecen como fulguraba limpio al sol el acero de su espada en los lances caballerescos o en las «cargas» inmortales en la llanura de Cuba libre. Como capitán, al frente de los centauros del Camagüey indómito, su heroísmo, reflexivo y sereno, entra de lleno en lo inconcebible, en la leyenda, bajo los pórticos de la mitología griega. El rescate del brigadier Julio Sanguily, al frente tan sólo de treinta y cinco jinetes, le abre de par en par las puertas de la fama, y las palmas de la gloria le coronan cuando su cuerpo es traído desde los campos sagrados de Jimaguayú a la ciudad prócer, en cuya plaza pública es quemado y aventadas sus cenizas.

No conocemos ninguna otra figura de la Historia de más austeridad, de más integral virtud, de más alta moral que la

de Agramonte. Hasta las vehemencias de su carácter tenían un halo de nobleza e hidalguía. Amó su corazón a una mujer. El romance de sus relaciones de novios, el idilio de su breve luna de miel, los años sucesivos de cruel separación impuesta por la guerra, aguardan aún la consagración del Poema, tanto por su exquisita espiritualidad y ternura como por el concepto que de la lealtad recíproca mantenía. Así, como un sol, todo en él se completaba.

**TRANSCENDENCIA DEL CENTENARIO**

En los instantes que vive el mundo, el centenario de Ignacio Agramonte, paladín de los ideales democráticos, abanderado de los propios pendones por los que ahora luchamos los Aliados frente a las tiranías de hierro y sangre del Eje, cobra una sin igual transcendencia. En todo tiempo, el aniversario de su natalicio hubiese excedido de lo nacional y propio a la admiración de otros pueblos, pero ahora se inserta en el júbilo del Continente y en el de las naciones que sirven de valladar en otras latitudes ante el paso de los sinistros asaltantes que obedecen a Hitler.

¡Cubanos, americanos todos, hombres libres de la tierra: respondiendo una vez más al espíritu de América, Agramonte parece repetir frente a los enemigos de la Libertad, la orden conminatoria que diera en la arrancada del rescate a Sanguily: ¡Corneta! ¡A degüello!

La Habana. 1941.

1941

PATRIMONIO

DOCUMENTAL

DE LA HABANA